

**E.  
HARO  
TEGLEN**

## EL REFUERZO DEL PODER

*El Rey don Juan Carlos con Rafael Arias Salgado, nuevo ministro adjunto al presidente para la coordinación de los asuntos políticos; Ricardo de la Cierva, nuevo ministro de Cultura; el presidente Suárez y el ministro de Justicia, Iñigo Cavero, tras la jura de los ministros entrantes.*

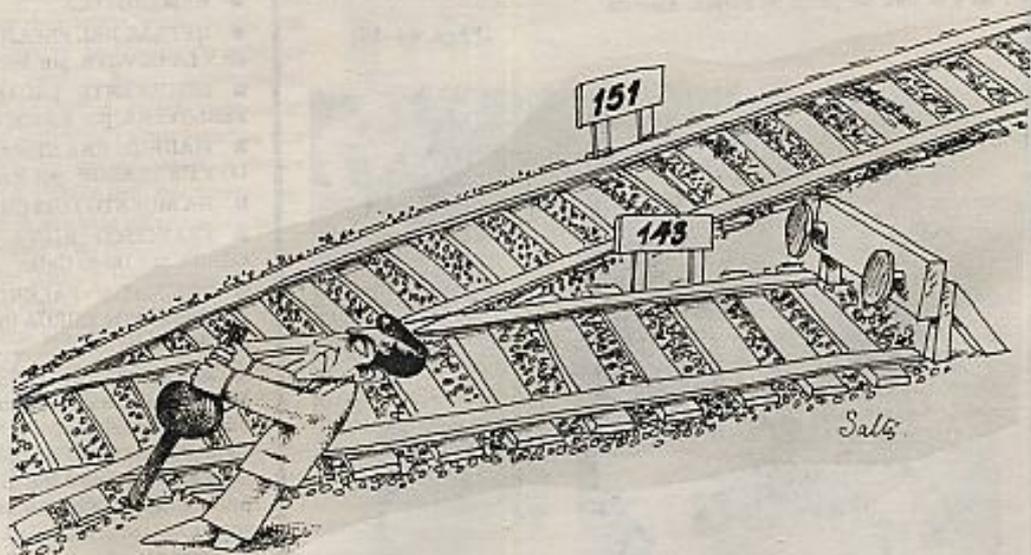


**U**N tirón más del freno en los movimientos autonómicos, unos breves retoques en el Gabinete, con un ministro nuevo —Ricardo de la Cierva— que lo era "in pectore", hace mucho tiempo, aunque hubiera reservas que le han alejado —no por falta de fe en su lealtad, sino por su condición de intelectual, que es oficio siempre mal visto al Oeste de Madrid— y aparece reforzado el poder personal de Suárez (confirmado, el domingo, en el Consejo Político de UCD), venido de Washington con fama de portento y asombro de sabiduría en materia de política internacional —por escrito, en el comunicado de la Casa Blanca—; más bruído que antes el bastón de mariscal en la mochila, convertido en nuevo "centinela de Occidente", que es también un puesto de vigia muy socorrido en el Oeste de Madrid. La derecha se va incorporando, cada vez más, hacia esa esfera de poder. Van perdiendo puntos —voces, gritos— los irredentistas del franquismo: sus periódicos se van callando poco a poco —que horrible caída, la de los "columnistas" que no pasan a la disciplina, o simplemente a la semántica, de Suárez-UCD— y los grandes medios —el "duro" de la televisión, el "blando" de la antigua prensa del Movimiento pasan a la Presidencia. Fraga aprueba a su manera; su manera consiste en decir que el Gobierno se ha aproximado a él —que es el único que nunca cambia— y no él al Gobierno: "El Gobierno, más que racionalizar, ha pasado a racionalizarse a sí mismo, ya que antes se había equivocado". No le falta razón: el Gobierno ya es más fraguista, pero sin Fraga, que es la mejor manera posible de ser fraguista —con Fraga, todo es imposible—.

**E**L fantasma de un Estado casi federal pero con poderes de izquierda en los países autónomos y Gobierno de derechas en el centro se aleja un poco. Ya se había alejado el miedo a un país de Ayuntamientos

de izquierda y Gobierno de derechas, y se había alejado por dos motivos: uno, el empeño decidido de los nuevos alcaldes en no ser tomados jamás por rojos, es decir, por revolucionarios; otro, porque la fuerza de las cosas, en este país, les tiene aherrrojados suficientemente: les tiene pobres, pedigüenos, con los poderes recortados, con las ciudades irrecuperables, con todas las viejas y las nuevas leyes cercando la autonomía municipal. Si ello no fuera suficiente, todo lo andado por ese camino a partir de las elecciones municipales va en el mismo sentido.

**C**OMO los alcaldes de la izquierda que nunca quisieron ser rojos, entre otras razones porque no podrían, los partidos de la izquierda están también atrapados dentro de su propia conformación para entrar en la sociedad. Cuando en Washington Adolfo Suárez recibía el carisma enternecedor de Carter, a la delegación socialista —con Alfonso Guerra a la cabeza— se le cerraban las puertas para las que habían sido invitados. Es una prueba de magnífico desdén imperial: se les llama, se les programa, se minuta su tiempo y, después, aludiendo a la crisis, que podría haber sido el motor de su auge, se les dice que





no hay tiempo para recibirles: ni el ayudante internacional de Carter —Brzezinski, el hombre de las sanciones, el que quiere que no haya Juegos Olímpicos en Moscú— ni siquiera el candidato de la oposición dentro del partido demócrata, Kennedy, al que se atribuye el liberalismo y la idea de volver a la "détente". Malos tiempos para el socialismo, para la socialdemocracia: se le condena en Moscú —en el comunicado Carter-Breznév—, se le condena o se le desprecia en Washington. Es la hora de los conservadores. A los socialistas se les aleja, a los comunistas, en Occidente, se les aísla, se les reduce. Todo ello con la suficiente habilidad y con las suficientes promesas como para que no busquen su unión; si es que por un solo momento se les pudiera ocurrir esa intención de frente popular, y si se les ocurre será un síntoma de que ya es demasiado tarde: como en España en las vísperas de la guerra civil, como en Francia en las de la guerra mundial.

**S**I todo ello va ocurriendo así en los países occidentales, donde la izquierda es fuerte y la democracia está defendida por todos y, además, fuertemente institucionalizada, ¿qué no ha de ocurrir en España? Aquí, la cuestión está en sostener tranquilas a las fuerzas sociales y en sujetar el vuelo autónomo: para esa tranquilidad no siempre ha de acudir a la negociación o al pacto, sino a la disuasión por otras vías. La negociación o el pacto se producen, ahora, cuando las presiones vienen de sectores patronales —como el taxi, como los pesqueros—, cuando sus problemas reales pueden disolverse por la contribución general de todos, como sucede con las subvenciones al precio de los carburantes. Son, como siempre, relaciones de fuerza. Nunca ha habido en la Historia un pacto que no estuviera determinado por razones de fuerza o por razones de alianzas de cada parte con otras fuerzas, lo cual es también una fuerza.

**A**SI vamos entrando en la guerra fría. La guerra fría es, entre otras cosas, una especie de contracción de la vida pública, que en virtud de un esfuerzo mayor paraliza cuestiones tenidas como menores. Los que esgrimen que esas cosas menores son, para ellos, vitales, son considerados rápidamente como proclives al enemigo, o favorecedores; por lo menos, como antipatriotas, por aquellos que hacen de ser patriotas un medio de vida y de poder. Se podría decir que, en este caso, España no ha salido nunca de la guerra fría. Pero hay matices. Mucho se puede temer que nos vamos inclinando hacia los peores de estos matices. ■

LoS  
CoNteM  
poRa  
nEoS

## EL VICIO ESPAÑOL

**N**ADA debe temer el hombre más que a sus salvadores. Estos frenéticos de la bondad han llegado a quemar cuerpos para salvar a sus propietarios, haciendo para ello una admirable distinción entre propiedad y propietario de lo que a todas luces parecía una unidad. También parecía una unidad Vietnam: lo quisieron salvar los americanos. La Historia reciente cuenta cómo; y los periódicos de cada día muestran la tenacidad con que los tanques soviéticos, que ya salvaron Checoslovaquia, están salvando Afganistán. Tan fuerte es el ímpetu salvador, que las grandes naciones no temen perderse ellas mismas con tal de salvar a los demás. La Unión Soviética y los Estados Unidos están decididas a salvar Yugoslavia de lo que puede sucederle cuando su padre Tito desaparezca del poder —de un momento a otro—, y ambas ofrecen sus buenos oficios para salvar a Irán. En realidad, su gran deseo es salvar al mundo. No vacilarán, cuando llegue el momento, en emplear arsenales nucleares capaces de destruirlo enteramente. "Mejor que la destrucción, el fuego", decía un poema de Cernuda.

La obsesión del ciudadano y del pequeño país está en salvarse a sí mismo, y prescindir de salvadores. No se tolera. Se nos dice que no estamos maduros para salvarnos; que somos débiles y el mal es fuerte y grande. Habita en nosotros mismos. Para los teóricos de la política, la salvación es algo que debe practicar otro. Nos lo declan en la escuela, lo declan los antiguos padres de familia, con una frase muy concreta: "Quien bien te quiere, te hará llorar". A la que añadían un final, cuando el salvado se retorció ante el castigo y pensaba interiormente en terribles venganzas: "Más sufro yo". Lo cual a todas luces era falso. Hubiera uno querido proponer al salvador el cambio de papeles, ofrecerse para el sufrimiento mayor, pero ¿cómo articularlo? Todavía en nuestros días, en este mismo mes de enero, un alumno del colegio nacional San Claudio, de León, ha sido lesionado por un profesor que trataba de salvarle de la ignorancia y quizá de la tendencia al escapismo; la dirección del colegio admite la posibilidad de que el profesor "perdió los estribos". Sin duda se trataba de un jinete. En todo caso, es un progreso: hace algún tiempo, otro alumno de ese colegio resultó con un tímpano roto por otro practicante de la docencia y de la salvación. El profesor Gibson —erudito del tema de cómo los salvadores de Granada mataron a García Lorca— publica ahora su libro "El vicio inglés": el castigo corporal en las escuelas. Parece un vicio universal.

España es un país con muchas vocaciones de salvadores. Es el vicio español. Cuidado con ellos. Las vocaciones son tremendas y abarcan desde muchachitos con armas contundentes hasta oradores de sábado y domingo; los hay ocultos, esperando el momento de salvar. La misma Iglesia pareció ceder durante un tiempo a este ímpetu salvador: vuelve ahora, con el salvador Wojtyła y sus acólitos españoles a intentar salvarnos de nosotros mismos. Mientras, Jomeini trata de salvar a los islámicos.

Hay mucha gente, sin embargo, que lo que desea es que le dejen salvarse a sí misma. Incluso perderse, dentro de la definición de perdición. Más vale perdido, pero contento, que salvado dentro de un campo de concentración o en una hoguera. Pero esta opción es la que se suele condenar como el materialismo del mundo moderno. Lo que debe importar, según parece, es la salvación por la destrucción, por el fuego. ■

POZUELO